

## ⇒ Imaginarios nacionales en la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892. Hispanismo y pasado prehispánico

Carmen Cecilia Muñoz B.  
*Universidad del Valle, Cali, Colombia*

**Resumen:** Ante el ascenso de Estados Unidos, el gobierno de España tomó conciencia de la importancia de celebrar el IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892 y promover la idea de una “comunidad espiritual” con sus antiguas colonias, basada en un idioma, una religión y una historia comunes. Uno de los eventos organizados fue la Exposición Histórico-Americana en Madrid que pretendía “reconstruir el estado de civilización” en el que se encontraban los pobladores del continente americano a la llegada de los españoles. Las recién conformadas naciones hispanoamericanas promovieron un movimiento sin precedentes encaminado a la recolección y catalogación de “antigüedades indígenas”, que por primera vez serían las protagonistas de un evento de carácter internacional. Dicha exposición constituye así un espacio propicio para analizar el papel del hispanismo en la construcción de una imagen nacional alusiva al pasado prehispánico.

**Palabras clave:** IV Centenario del Descubrimiento de América; Exposición Histórico-Americana; Hispanismo; Pasado Prehispánico; Siglo XIX.

**Abstract:** At the end of the 19th century, before the rise of the United States as a world power, the Government of Spain became aware of the importance of commemorating the 400th anniversary of the discovery of America and promoting the idea of a “spiritual community” with its former colonies, based on common language, religion and history. One of the events planned for that purpose was the Historic-American Exhibition, organized in Madrid in 1892. The goal of this exhibition was to rebuild the “state of civilization” in which the settlers of the American continent had been living prior to the arrival of the Spaniards. The newly formed Latin American nations promoted an unprecedented movement, aimed at collecting and cataloguing “indigenous antiquities”, which for the first time would be the protagonists of an event of international character. This exhibition is an ideal space to analyze the role of Hispanism in the construction of a national image related to the pre-hispanic past.

**Keywords:** 400<sup>th</sup> Anniversary of the Discovery of America; Historic-American Exhibition; Hispanism; Pre-Hispanic Past; 19<sup>th</sup> Century.

### Introducción

Hacia finales del siglo XIX encontramos en Hispanoamérica ciertos rasgos comunes en los objetivos perseguidos por las élites (liberales o conservadoras), con miras a la creación de una imagen nacional. Dichos rasgos se inscribían en las creencias “epocales” y pretendían encontrar un equilibrio entre las particularidades nacionales y los patrones

universales del nacionalismo, el progreso y la modernización. En su búsqueda, las élites, se enfrentarían, por una parte, al hispanismo para el cual la Conquista constituía el momento fundacional; y por la otra, al americanismo y los hallazgos arqueológicos que estaban develando un pasado que, por las características de los artefactos encontrados, llevaba a contemplar la posibilidad de que sus realizadores hubieran participado de los grados de civilización propuestos por las corrientes científicas de la época, lo que permitía empezar a rastrear los orígenes de una nación moderna y civilizada más allá del momento fundacional promovido por el hispanismo. Aquí nos proponemos responder a la pregunta de cómo fueron asumidos estos aspectos en la construcción de una imagen nacional, para el caso específico del pasado prehispánico, enfocando la participación de México, Colombia y Argentina como ejemplos de la variedad de alternativas que se articularon en la Exposición Histórica-Americana de 1892, organizada en el marco de la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América en Madrid.<sup>1</sup>

Un acercamiento a la participación de estas naciones hispanoamericanas en esta exposición puede ayudar a entender el papel que desempeñó el hispanismo en la construcción de una imagen nacional. Proyectada en un momento clave de las relaciones entre España y sus antiguas colonias, dicha exposición pretendía “reconstruir el estado de civilización” en el que se encontraban los pobladores del continente americano a la llegada de los españoles, a través de todos aquellos objetos que den idea del origen y progreso de su “relativa cultura”. En las recién conformadas naciones la convocatoria desencadenó un movimiento sin precedentes encaminado a la recolección y catalogación de “antigüedades indígenas”, las cuales se convirtieron, por primera vez, en protagonistas de un evento de carácter internacional. Dependiendo del tipo de hispanismo adoptado por las élites y de la forma de historiar el pasado asumida por los museos nacionales, pueden observarse algunas diferencias. Los principios que inspiraron la fundación de dichos museos y la organización y disposición de sus colecciones como expresiones del nacionalismo local determinarían igualmente las características de los pabellones hispanoamericanos en la Exposición Histórico-Americana.

## Hispanismo y americanismo

Con el fin de restablecer los lazos entre España y sus antiguas colonias, desde mediados del siglo XIX, se fue creando a ambos lados del Atlántico el movimiento conocido como hispanismo, que tendría un gran auge en el IV Centenario del Descubrimiento de América (Niño 2011: 173). Detrás de los eventos que se proyectaron para la ocasión estuvo el propósito de promover una “comunidad espiritual” basada en la consideración de la existencia de una “raza transatlántica” que distinguía a todos los pueblos que en un momento de su historia habían pertenecido a la Corona española, lo cual se basaba en la convicción de que los españoles habían desarrollado, en su proceso de formación como imperio, una serie de formas de vida y de cultura propias que los diferenciaban claramente de otros pueblos del mundo (Pérez Montfort 1992: 6-15). En este contexto, una de las principales características del hispanismo fue su rechazo, en términos generales, “a todas

1 Se organizaron once congresos y tres exposiciones de carácter internacional (la Histórico-Americana, la Histórico-Europea y la de Bellas Artes) y un sinnúmero de publicaciones.

las contribuciones de los pueblos aborígenes en la formación de las naciones latinoamericanas, con lo cual, entre otras cosas, se está afirmando que la historia de América inició en 1492” (Granados 2005: 6).

En Hispanoamérica, este pensamiento se tradujo en una sólida corriente política y cultural conservadora que promovió la articulación de estos planteamientos con los proyectos nacionales. El discurso de las élites hizo énfasis en la tradición y, por su carácter restaurador, revalorizaba la época colonial española propiciando un sentimiento de deuda hacia la “madre patria”, proveedora de los pilares de la construcción nacional: idioma, religión e historia comunes (Rama 1982: 103-105). Legitimando “la función civilizadora del cristianismo”, se pretendía incluir en la “gran familia” a toda la población (blancos, mestizos, indios, negros...), propiciando en muchos casos “una política de poblamiento con europeos para contrarrestar los males y la degeneración de la raza” (Escobar Villegas 2009: 24). A la par, surgió un discurso crítico que consideraba la influencia española como una “herencia maldita”, responsable de los errores y limitaciones hispanoamericanos. La solución, en consecuencia, consistía en “desespañolizarse”, orientando la mirada hacia los Estados Unidos, Inglaterra o Francia, ellos sí representantes de la civilización, todo esto, sin embargo, sin desconocer la importancia de la lengua y la cultura literaria hispánica (Rama 1982: 96-101).

En México, el discurso hispanista osciló entre la aceptación y la crítica. El proyecto de nación se caracterizó por la confluencia de varias tendencias. La imagen nacional se creó siguiendo el ejemplo del universalismo francés, el mejor representante de la conformación de un nacionalismo moderno, cosmopolita y urbano, orientado hacia el mercado internacional y organizado científicamente. Las instituciones norteamericanas eran consideradas modelos de desarrollo y el legado hispánico estaba llamado a regir los principales aspectos de la cultura. Pero, a diferencia de otros países, las élites del porfiriato (1876-1911) conjugaron en sus discursos los aspectos antes señalados con las glorias de su pasado indígena, dando origen a “lo mexicano”, que se convertiría en un elemento exportable del nacionalismo. Ante la mala imagen en el exterior –elemento compartido por la mayoría de los países latinoamericanos– la nación imaginada buscaba ser internacionalmente aceptable, mostrando, por un lado, que era segura, salubre, libre, soberana, liberal, republicana y democrática, lo cual se debería traducir en legitimidad interna y en beneficios económicos derivados de la inversión, la migración y el comercio; y reivindicando, por otro, un pasado indígena glorioso, representado por los aztecas como pieza central del nacionalismo indigenista y el patriotismo (Tenorio Trillo 1998: 332-335). En las exposiciones universales de la segunda mitad del siglo XIX, los pabellones mexicanos reflejaban muy bien esta situación. Mientras la fachada hacía alarde de la grandiosidad de su pasado prehispánico, al interior se exponían sus recursos naturales y los adelantos de su industria.

En Colombia, con la llegada de Rafael Núñez al poder en 1880, la construcción nacional se llevó a cabo bajo el signo del orden y la autoridad. El proyecto, denominado Regeneración, se concebía como un retorno a la esencia. Entre sus prioridades estaba la instauración del centralismo político y la rehabilitación de la Iglesia como principal actor social. En el discurso político de las élites sobresalía la referencia a los valores hispánicos, lo cual daba como resultado un nacionalismo cultural conservador. En medio del apogeo de hispanidad oficial (1880-1890), la convocatoria a participar en los eventos del IV Centenario del Descubrimiento de América daría lugar a numerosas manifestaciones de entusiasmo hispanista (Martínez 2001: 431-460). Tras varios intentos fallidos de participar

en exposiciones universales, Colombia acudiría por primera vez de forma oficial a un evento de carácter internacional como lo fue la Exposición Histórico-Americana.

Argentina, con una población conformada mayoritariamente por inmigrantes italianos y españoles, centró su atención en la construcción de una nación moderna con poco de Latinoamérica y mucho de Europa. El referente hispánico fue compartido con el francés, el inglés y el norteamericano, los tres últimos identificados con lo moderno, frente al atraso español. La visión histórica de las élites, encabezada por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López sostenía que “la nación se había constituido por obra de las clases ilustradas liberales, que lograron imponer, a una población atrasada, un sistema institucional semejante al de los países más civilizados [...]. Por ello, los grupos ilustrados se asignaban la misión de encauzar las fuerzas sociales dentro de los estrictos marcos institucionales de la civilización” (Pérez Gollán 2003: 54). En la tarea de conformar la nación y consolidar la modernidad del Estado, la filosofía positivista resultó una poderosa herramienta ideológica y a la ciencia se le atribuyó un cometido central. Se contrataron investigadores y catedráticos extranjeros, se impulsó la creación de museos, se promovió la modernización de las universidades y se fomentó la constitución de sociedades científicas (Pérez Gollán 2003). El modelo francés regiría la construcción de los pabellones construidos para las ferias mundiales y en su interior haría gala de su incursión en el mundo moderno, a través de su industria y recursos.

### **Arqueología, artefactos y civilización**

La representación particular de la hispanidad en cada uno de estos Estados americanos obligaría a replantear la forma de aproximarse al estudio de las culturas aborígenes. Hacia finales del siglo XIX las interpretaciones que hicieron los científicos sobre los objetos arqueológicos estuvieron influenciadas por los planteamientos teóricos de las ciencias naturales. Los historiadores no tenían interés por el pasado prehispánico, que se hizo equivalente a “prehistoria”. Su estudio lo asumió la arqueología, que, ante las opciones de considerarlo como “rudimento de una población que empezaba a formarse” o como “reliquias de grandes naciones” que habían degenerado, optó por la segunda, y así, empezó a afirmarse que los pueblos más antiguos habían gozado de un mayor grado de civilización que los que encontraron los españoles (Langebaek 2005: 4). La Prehistoria estaba conformada por las llamadas edades de Piedra, dividida a su vez en Paleolítico y Neolítico, Bronce e Hierro, cada una de las cuales representaba un avance cualitativo en el desarrollo con respecto a la anterior. El grado de civilización estaba ligado a la clase de artefactos que se habían elaborado en cada etapa y a la presencia o ausencia de asentamientos permanentes. Los arqueólogos europeos, norteamericanos, pero también hispanoamericanos, emplearon estos esquemas para ordenar las culturas del Nuevo Mundo inscribiéndolas en la temporalidad concebida para las realidades del Viejo Mundo. En la correlación entre artefactos y nivel de cultura alcanzado, los aztecas, los incas, los mayas, y en grado menor los muiscas, habían alcanzado los más altos grados de civilización (Earle 2006: 41).

El estudio de estos artefactos tendría diferentes connotaciones dependiendo de quién lo realizara. Para los investigadores y coleccionistas extranjeros se convirtieron en piezas “exóticas”, geográficamente lejanas y socialmente ajenas, pero que podían ayudar no solo

a entender el eslabón que ocuparon sus productores dentro de los grados de “civilización”. También podían servir de referente a la hora de ubicar a la población indígena del momento. Aunque lo anterior también fue válido para los estudiosos hispanoamericanos, la diferencia radica en que la incorporación simbólica de aquellos vestigios a las historias nacionales implicaba el reconocimiento de que hacían parte del *continuum* de la propia sociedad (Earle 2002: 779). A partir de lo anterior, la emergente disciplina de la arqueología se combinaba de forma sutil con el nacionalismo hispanoamericano y sus métodos y técnicas permitían mostrar al mundo la huella de un pasado civilizado.

Sin embargo, la apropiación de este pasado varió no solo en cada una de las fases de la construcción nacional. Tomó también diferentes trayectorias dependiendo del discurso asumido por las élites. La primera fase, “nación cívica”, se fundamentó en la idea de que la acción educadora de las instituciones liberales y republicanas llevaría por sí misma a la desaparición gradual de la heterogeneidad de la población. En esta fase, el pasado prehispánico y los indígenas contemporáneos fueron utilizados como estandarte de la lucha independentista, en un recurso discursivo que no implicó su incorporación en la historia nacional. A pesar de las evidencias de su cultura material, ese pasado no pasó de ser, en la mayor parte de los países, un elemento incómodo. En la siguiente fase, la “nación civilizada”, se perdió la fe en la fuerza educadora de las instituciones y “tomó primacía la idea de que “civilizar” implicaba eliminar, sea por extinción física, sea por asimilación forzada, todos los elementos que opusieran obstáculos al proceso civilizatorio. Tratando de incorporar culturalmente a toda la población en el ámbito de la “civilización” occidental, las poblaciones indígenas que no hablaran el idioma español y no se hubieran convertido al cristianismo eran asociadas a la barbarie o el salvajismo, a diferencia de las poblaciones indígenas evangelizadas y sujetas al gobierno republicano, que entraban a formar parte de la categoría de “ciudadanos” (Quijada 1998: 37-38).

Con respecto al mundo prehispánico de México, Perú y Colombia –en ese orden– se asumió que los aztecas, los incas y los muiscas habían participado de grados de civilización, pero solo México los primeros habían adquirido el carácter de “ancestros”, logrando establecerse el *continuum* con ese pasado. Este elemento fue utilizado por el porfiriato como imagen de la transformación cultural del país, impulsando una comunidad científica a través de centros dedicados a su investigación, publicaciones y promulgación de leyes para su protección (Ramírez 2008: 154-156).

En Colombia, el proceso de apropiación de dicho pasado fue lento. Hasta finales del siglo XIX se insistió en el hecho colombiano como momento fundacional de la nación, siendo común la referencia a la necesidad de la “blanquificación” de la población como requisito para acceder a la civilización moderna occidental. Una alusión explícita a los pueblos prehispánicos en los discursos de las élites colombianas solo hizo su aparición hacia principios del siglo XX (González González 2000: 235). Para los países desprovistos de altas culturas precolombinas, como Argentina, era difícil reconstruir un pasado remoto, lo poco que se tenía era visto como fuera de la realidad nacional, que tenía puesta su mirada en el futuro.

Así, por una parte, la historia creció especialmente con la influencia del romanticismo, con el estudio de lo particular, asociado al hecho de la independencia y sus héroes. Por otra, el trabajo de arqueólogos y antropólogos se tomaba como un “caso” más que ayudaría a investigar asuntos más generales, problemas que fueron relativamente independientes de la construcción nacional (Langebaek 2005: 5). Los eventos del IV Centenario

promovieron numerosos estudios y publicaciones que elogiaban las ruinas precolombinas por el alto grado de civilización que manifestaban, pero que no compaginaban con la historiografía nacionalista con fuerte influencia hispanista que identificaba el comienzo de las historias nacionales con la llegada de los españoles. Únicamente en México –como se anotaba– encontraremos una reconciliación entre estas posturas. Apenas hasta finales del siglo XIX y principios del XX, un auge de legislación proteccionista, motivada por las distintas interpretaciones de la relación entre la nación y la época precolombina, empezó a reflejar la necesidad de tener un pasado “profundo” que, junto con la historiografía nacionalista, pudiera proveer a Hispanoamérica de un pasado antiguo –casi mitológico– comparable al del Viejo Mundo (Earle 2006: 40-41).

### **Museos nacionales: inclusión/exclusión del pasado prehispánico**

Una cosa era empezar a reconocer en los antiguos pobladores algún grado de civilización y otra, incluirlos como elemento fundacional de la historia nacional. Según Norambuena, los imaginarios nacionales en Hispanoamérica se construyeron a partir de tres aspectos fundamentales: la constitución política de cada nación, el interés por dotarlas de un discurso poético que las identificara y la necesidad de historiar su pasado. Si, en principio, partían de un presupuesto en común, la lengua y la religión, en adelante tratarían de encontrar elementos diferenciadores que les permitieran ocupar un lugar dentro del “mundo civilizado”. Esto último solo se podía lograr a través de la difusión de una imagen de nación moderna y próspera, “tan potente, [que era] incapaz de develar otros imaginarios” (Norambuena 2006: 128). La forma de historiar adoptada por las élites se oficializó, entre otros contextos, a través de los museos que empezaron a fundarse en la primera mitad del siglo XIX. La configuración del “discurso museal” no fue una tarea fácil, pues estaban aún por delimitarse los aspectos que conformarían la construcción nacional. La cuestión estaba en establecer el linaje de la patria. Decidir con cuál momento del pasado se buscaba continuidad para, a partir de él, construir un discurso histórico de nación planteaba un problema fundamental.

Fueron creados en dos fases. A la primera pertenecían los museos fundados en las décadas de 1820 y 1830, como es el caso en México (1825), Perú (1826), Colombia (1823), Argentina (1823) y Guatemala (1831). Estos museos se caracterizaron por exponer una mezcla de materiales botánicos, minerales, industriales y artefactos pre y poscolombinos dentro de una sola institución, en la que estos últimos solían figurar como “antigüedades”. A la segunda fase correspondiente a las últimas décadas del siglo XIX pertenecieron casi todos los museos de Centroamérica –El Salvador (1874), Costa Rica (1887), Honduras (1889), Nicaragua (1897)– y también Venezuela (1875). El nombre que recibían marcaría en gran medida su derrotero: de historia natural, historia, nacional o con la denominación del país correspondiente. Estas diferencias remiten a la complejidad del proceso de adecuación a la realidad de sus colecciones, a la inclusión/exclusión de los pasados de la historia nacional o al momento fundacional seleccionado. Si consideramos que a través de sus colecciones presentaban una visión particular de la historia, la clasificación y forma expositiva que adoptaran buscaba “representar u ordenar la realidad nacional partiendo de posiciones muchas veces políticas, definiendo lo que puede ser central o periférico, lo que posee valor o es inútil, lo que puede ser lo conocido o marginal” (Sánchez 2007:

124-125). Las últimas décadas del siglo fueron favorables para su proliferación y los ya existentes se vieron fortalecidos por la atención que recibieron de los estados, hecho que se vio reflejado en el aumento de colecciones y ampliación de sus espacios.

A partir de los procesos de independencia el panorama se presentaba contradictorio. Por un lado estaban las herencias precolombina y colonial; por el otro, los aspectos más relevantes de sus recientes historias como repúblicas. En relación a las primeras, el proceso de apropiación fue lento en general, lo cual puede encontrar su explicación en el hecho de que recordaba algo que se quería obviar. Solo a finales del siglo XIX y principios del XX encontramos secciones específicas o museos dedicados exclusivamente a estas cuestiones (Lopes/Murriello 2005: 207). Lo que ocuparía a la mayor parte de las naciones sería la fundación de museos para la escenificación de una imagen de la nación a través de la representación de los recursos naturales, la historia y el arte. Las actividades de conservar, clasificar, estudiar y exhibir buscaban “hilvanar una serie de objetos variados que existían previamente dispersos y que provenían de contextos espaciales, temporales y culturales distintos, para crear una imagen de unidad que controlara la fragmentación” (Pérez Benavides 2010: 89). Ciencia y patria se implicaban mutuamente, mientras que “los objetos de antigüedad constituyen una especie aparte, un equivalente general de capital cultural, cuya acumulación se usa para medir las diferencias sociales entre las naciones” (Garrigan 2006: 69).

Ningún museo se fundó con el propósito expreso de albergar piezas precolombinas. Sin embargo, no importando su propósito, fueron llegando a sus colecciones todo tipo de objetos, entre ellos las antigüedades indígenas, tal vez porque el museo fue visto como el destino más idóneo para conservarlas, obligando muchas veces a replantear su esencia. El hecho de que, durante el proceso de independencia, los méritos del pasado precolombino hubieran jugado, en algunos casos, un papel importante en el nacionalismo de los líderes revolucionarios determinó que las élites impulsaran la entrada de objetos precolombinos en los museos. Las figuras alegóricas representando al indio insurgente se convirtieron en emblema de la injusticia de la conquista y de la legitimidad de la independencia americana, a la vez que establecían un hilo de linaje metafórico que ligaba a la América decimonónica con las civilizaciones precolombinas. Esa versión de la historia perdió su encanto. Pasada la euforia, la nación imaginada por las élites empezó a representar simplemente una parte del vasto conjunto de conceptos y memorias que formaban la herencia nacional (Earle 2002: 776; Earle 2006: 38-40).

## **Imaginarios nacionales en la Exposición Histórico-Americana**

El interés estratégico de las élites latinoamericanas en la promoción de museos como instrumentos para la promoción de representaciones y discursos de lo que debía ser la nación trascendería el ámbito meramente nacional. Con el auge de las exposiciones universales en la segunda mitad del siglo XIX se abrirían nuevos espacios para la escenificación de lo mexicano, lo colombiano o lo argentino en el ámbito internacional.

Respondiendo a la creciente popularidad de ese tipo de eventos y consciente de su utilidad como mecanismos de reafirmación del poder en el contexto mundial, en 1888 la Comisión del Centenario convocó a una exposición que, siguiendo parámetros científicos, mostrara el actual desarrollo de los pueblos americanos en contraposición a su situación

antes del descubrimiento, “á fin de que la visita de las salas [...] fuera una especie de curso intuitivo y gradual de las antigüedades [...], dedicada á dar á conocer la historia de América, sin más diferencia [...] como un libro abierto: de la rudimentaria infancia a los adelantos de la civilización”.<sup>2</sup> El propósito era mostrar al mundo la huella tan profunda que había dejado España en sus antiguas colonias. Estas, por su parte, al confrontar estos beneficios con su pasado “bárbaro” y “salvaje”, no podían menos que sentirse agradecidas por haber sido incluidas en el mundo civilizado. Sin embargo, aparte de la problemática que planteaba satisfacer dos frentes: el de la “rudimentaria infancia”, a través de los vestigios arqueológicos, y el de “los adelantos de la civilización”, representado en los progresos conseguidos a partir de su inclusión en el mundo occidental, estaba el hecho de que proponía una clasificación de objetos según las técnicas, los usos y las tipologías, sin tener en cuenta el país de origen, aspecto que iba en contravía de uno de los presupuestos fundamentales de la construcción nacional: la búsqueda de elementos identitarios que las diferenciara, del resto.

Hacia finales de 1890, tras el atraso en los preparativos y considerando que no se podía competir con las grandes potencias europeas y los Estados Unidos, refiriéndose a la exposición que preparaba Estados Unidos en Chicago, Cánovas del Castillo, presidente de la junta organizadora de los festejos planteaba que si bien el acontecimiento debería ser “internacional y cosmopolita”, interesaba especialmente a la “raza hispana”, por lo que “no estamos en disposición de entrar en tan costosas rivalidades al presente”. Por ello, en vez de una exposición universal, resultaba más adecuado suscribirse solamente a presentar “de la manera más completa que sea posible, [...] el estado en que se hallaban en los días del descubrimiento, y de las principales conquistas europeas, los pobladores de América, agrupando al efecto cuantos objetos concurren á dar idea del origen y progreso de su relativa cultura”.<sup>3</sup> Consideraba, además, que si “las Repúblicas de nuestra lengua y sangre acuden con tiempo a enviarnos lo que prometen, se formará por dicha Exposición el más cumplido concepto de las artes, cultura, saber, religiones y costumbres de los habitantes de Yucatán y del Anáhuac, de los Chibchas de Bogotá y de los mil pueblos que vivían bajo el dominio de los Incas”.<sup>4</sup>

Abierta al público el 12 de septiembre de 1892, la Exposición Histórico-Americana solo se inauguró oficialmente el 11 de noviembre en el Palacio de Bibliotecas y Museos Nacionales. Allí se ubicaron los salones Bolivia, Colombia, Costa Rica, Chile, República Dominicana, Ecuador, Guatemala, México, Nicaragua, Perú, España y sus posesiones de Ultramar, Estados Unidos, Noruega, Portugal y Suecia, que habían “enviado lo más selecto de sus museos, Establecimientos Científicos, [...] Asociaciones sabias [y] colecciones particulares”, así como reproducciones de sus monumentos donde “se halla escrita, con pétreos y simbólicos caracteres, su honrosa historia”.<sup>5</sup>

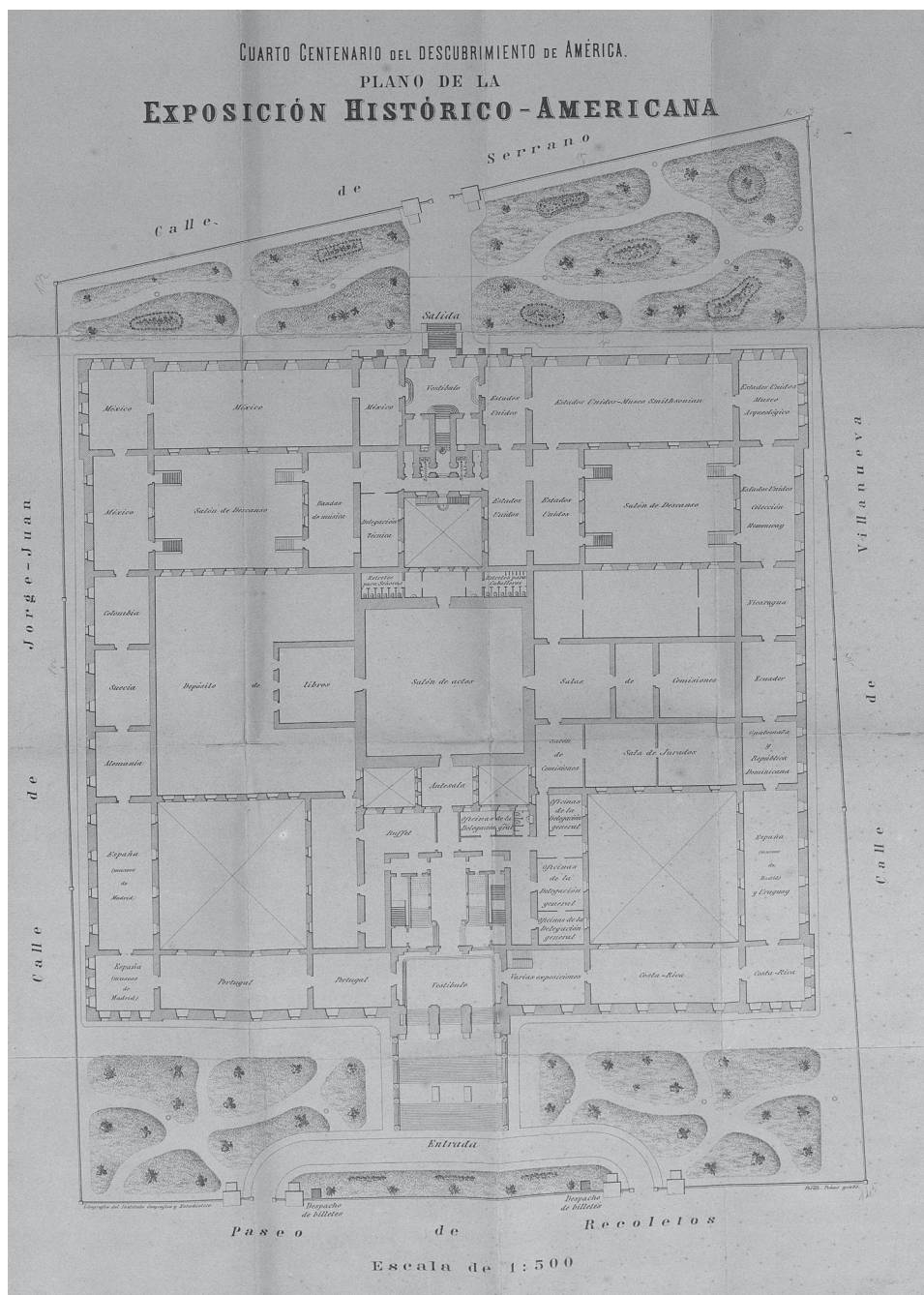
2 *Catálogo general de la exposición Histórico-Americana de Madrid 1892* (1893). Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, tomo I, p. vi.

3 *El Centenario. Revista Ilustrada. Órgano oficial de la Junta Directiva encargada de disponer las solemnidades que han de conmemorar el descubrimiento de América* (1892): Madrid: Tipografía de “El Progreso Editorial”, Tomo I, p. 11.

4 *El Centenario. Revista Ilustrada. Órgano oficial de la Junta Directiva encargada de disponer las solemnidades que han de conmemorar el descubrimiento de América* (1892): Madrid: Tipografía de “El Progreso Editorial”, Tomo I, p. 11.

5 *Plano de la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*, s. p. Disponible en: <[http://www.bibliotecavirtualmadrid.org/bvmadrid\\_publicacion/i18n/catalogo\\_imagenes/grupo.cmd?path=1026691](http://www.bibliotecavirtualmadrid.org/bvmadrid_publicacion/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1026691)> (10.09.2012).





**Plano de la Exposición Histórico-Americana.<sup>6</sup>**

6 *Plano de la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*, s. p. Disponible en: <[http://www.bibliotecavirtualmadrid.org/bvmadrid\\_publicacion/i18n/catalogo\\_imagenes/grupo.cmd?path=1026691](http://www.bibliotecavirtualmadrid.org/bvmadrid_publicacion/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1026691)>. (10.09.2012).

En cuanto a la disposición de las piezas, solo en el pabellón español “es donde hemos podido exponer los objetos más en armonía con nuestro pensamiento [técnica, usos y tipologías], que desarrollaremos cumplidamente cuando, terminada la Exposición, procedamos á la colocación ordenada de todos los objetos que comprende la Sección etnográfica del Museo Arqueológico Nacional que tenemos la honra de dirigir”.<sup>7</sup> En los demás no fue posible seguirlo, “no sólo por la gran cantidad de objetos sino porque eso hubiera echado al piso lo mejor de la exposición, que cada país se luciera, con lo que era más propio, la representación de las culturas precolombinas”. Sin embargo,

No censuraremos este sistema, que ha permitido ver en conjunto los grandes esfuerzos que han hecho los Gobiernos para acudir dignamente á esta gigantesca manifestación de la cultura y de los adelantos en los estudios históricos, de los diversos Estados que han acudido á la Exposición, esfuerzos individuales que hubieran sido menos fáciles de apreciar si se hubiera seguido el proyecto aprobado. Así es que hemos respetado en todo los trabajos que cada nación ha hecho y la manera con que ha creído prudente agrupar los objetos, siguiendo sin alteración, aunque á veces no estemos conformes con sus apreciaciones, los datos que han facilitado para la formación del catalogo general.<sup>8</sup>

A México, el país de América Latina que mayor número de objetos presentó, se le adjudicaron varias salas. Las cinco salas reflejaban no solo su larga trayectoria en la participación en exposiciones universales sino también el empeño de las élites porfirianas en elaborar el discurso de “lo mexicano” a partir de la mezcla de elementos indígenas e hispánicos. Para los preparativos se conformaron dos comisiones: una por parte de los españoles residentes en territorio mexicano, de la segunda, la Junta Colombina de México, hacían parte destacadas personalidades del mundo cultural como Joaquín García Icazbalceta, uno de los fundadores de la Academia Mexicana de la Lengua; Alfredo Chavero, arqueólogo; Francisco del Paso y Troncoso, director del Museo Nacional y el historiador mexicano más distinguido de la época. Precisamente este museo se convirtió en el centro de operaciones. Allí se acondicionaron talleres de litografía, fotografía o carpintería. No considerando lo anterior suficiente, “para dar exacta idea de nuestra civilización antigua”, se compraron más colecciones, se adelantaron expediciones, se convocó a participar a todos los Estados y se publicaron numerosos materiales (Del Paso y Troncoso 1892: 10).

En España, Vicente Riva Palacio, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Madrid, desempeñó un papel fundamental. En 1891 fue nombrado responsable de la impresión del órgano de difusión oficial *El Centenario*, al lado de Juan Valera –secretario de la Comisión del Centenario– y Juan de Dios de la Rada y Delgado, este último director del Museo Arqueológico Nacional, comisionado en las mesas directivas de la Exposición y del Congreso de Americanistas y responsable de los negocios internacionales de la Junta Directiva de los eventos. En abril convocó a los representantes hispanoamericanos a una primera reunión para “concertar una acción común para activar los trabajos de la Exposición, promover la concurrencia de objetos y establecer relaciones entre los gobiernos, las comisiones y los citados representantes” (Ramírez Vuelvas. 2012: 203-206).

7 *Catálogo general de la exposición Histórico-Americana de Madrid 1892* (1893). Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, tomo I, p. vii.

8 *Catálogo general de la exposición Histórico-Americana de Madrid 1892* (1893). Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, tomo I, p. vii.

La prensa, encargada de difundir noticias sobre los envíos, anunciaba que el gobierno mexicano había asignado, en principio, “100.000 duros” para concurrir a la exposición y que estaba dispuesto a ampliarlo, según las necesidades. Entre los objetos que envió se encontraba “una colección muy rica de ídolos de oro y obsidiana”; “maniqués con los trajes, adornos y dijes de principales personajes del Imperio de Méjico”; y, entre las manifestaciones literarias, “una colección de códices, jeroglíficos inéditos con su explicación, estando ya muy adelantada la impresión del lienzo de Tlascalala, que es la historia de la conquista pintada por los mismos indios”; un estudio ilustrado de la arquitectura cristiana y civil inmediata a la conquista; una colección iconográfica con retratos de virreyes, arzobispos y personajes más importantes de aquella época; objetos del culto cristiano y “una rica colección bibliográfica, particularmente de los historiadores de la época colonial”.<sup>9</sup>



#### Una de las salas de México

En ella se erigió, frente a la entrada principal, el monumento emblema de “lo mejicano”, una pirámide azteca flanqueada por dos figuras indígenas altivas, representación del *continuum* con su pasado prehispánico, considerado elemento fundacional. Al fondo reproducciones de sus códices, uno de los mayores orgullos de su producción cultural.<sup>10</sup>

9 “La Exposición Histórico-Americana de Madrid”. En: *El Telegrama*, 1699, 13 de Junio de 1892, p. 6726.

10 “Exposición Histórico-Americana de Madrid. Instalación de México”, en: <<http://www.flickr.com/photos/bibliotecabne/7830094208/>> (03.09.2012).

Los preparativos incluyeron el encargo realizado al ingeniero Antonio García Cubas de

la formación de una carta etnográfica é histórica que, original, ha venido á la Exposición, y en la cual constan las divisiones territoriales de las diversas nacionalidades que tenían asiento en el país de Anáhuac, desde los soberbios imperios Mexicano y Tarasco, hasta la humilde nación Chontal en el Sur, ó la indómita y semibárbara tribu Tepehuana en el Norte (Del Paso y Troncoso 1892: I, 21).

Se incluyeron más de 600 fotografías que posteriormente fueron donadas al Museo Arqueológico Nacional de España. Lo anterior, unido a sus 87 representantes, de los cuales 23 eran delegados oficiales y el resto miembros de la banda militar del 8° Regimiento de Caballería de México, tenía un propósito: ofrecer una nueva imagen del país de cara a las naciones europeas (Ramírez Vuelvas. 2012: 214). Imagen en la que el pasado prehispánico, el pasado colonial y el presente formaban un *continuum*. El catálogo realizado por Del Paso y Troncoso constaba de dos tomos que describían de manera pormenorizada más de 3.000 objetos, incluyendo la ubicación puntual dentro de las instalaciones,

[...] revelaran el adelanto de nuestros aborígenes, tanto en la época prehispánica, como en la posterior á la Conquista, y el estado que actualmente guardan. El Museo Nacional de México, bien que conservaba ejemplares abundantes, hubiera tenido que cerrar salones al salir sus colecciones del país, por lo cual, se determinó tomar de ellas únicamente todo lo duplicado y lo que no había sido presentado al público todavía: con esto se tuvo ya un núcleo respetable de objetos arqueológicos y etnográficos (Del Paso y Troncoso 1892: 21).

En Colombia, la Comisión de las Exposiciones de Madrid y Chicago, creada por el gobierno en julio de 1891 para encargarse de los preparativos, con la convicción de que sería “importantísima para el estudio de la Arqueología, la Antropología y la Historia Americana [teniendo en cuenta] que algunos de nuestros compatriotas, aficionados a estos estudios y coleccionistas de objetos de la época á que se refieren la Exposición, tomarán parte en este Certamen interesantísimo”.<sup>11</sup> Conformada por reconocidos personajes de la vida pública nacional, en su mayoría reconocidos coleccionistas de antigüedades indígenas, como Gonzalo Ramos Ruiz o Vicente Restrepo, quien en su calidad de Presidente convocó a la ciudadanía a través de la prensa:

En lo posible, y obligada la Comisión por el límite de recursos que se han puesto á su disposición, desearía que este concurso fuese gratuito; pero respecto de aquellas personas cuya fortuna no les permita hacer una contribución en esta forma, también está dispuesta á oír proposiciones de remuneración. Para estos fines deben dirigirse por escrito [...] al señor Gonzalo Ramos Ruiz, miembro de la Comisión, quien está encargado de oír, estudiar y presentar á esta las propuestas.<sup>12</sup>

11 “Exposición en España”. En: *El Heraldo*, 94, 13 de mayo de 1891, p. 568.

12 *EL Relator*; 564, 1° de Septiembre de 1891, p. 336.

La clasificación de las culturas precolombinas que ofrecía el catálogo, elaborado por Vicente Restrepo y su hijo Ernesto Restrepo Tirado, proponía una jerarquización. En primer lugar aparecía “la nación” chibcha, cuyo lugar prominente se debía a que, desde mediados del siglo XIX, los esfuerzos de los especialistas se habían centrado en demostrar que la nación contaba con un pasado digno de tenerse en cuenta, muy cerca del de los aztecas o los incas. Se suponía que los muiscas o chibchas, habitantes de las tierras altas consideradas más convenientes para el desarrollo intelectual, tenían ya calendario y habían practicado la momificación. A continuación estaban “las tribus. Primero la de los Quimbayas, que había recibido una atención especial a raíz del reciente descubrimiento de una de las más ricas colecciones de objetos de orfebrería y cerámica precolombinos conocidos hasta el momento y que luego sería conocido como el “tesoro de los quimbayas”. Seguían las de Antioquia –lugar importante en la escena de la historia nacional decimonónica– luego las del Cauca, Tolima y Panamá. Las “inscripciones y grabados en piedra” ocupaban otro apartado. La clasificación ponía en evidencia los logros y las ausencias en el conocimiento de los antiguos pobladores del territorio nacional, pero también la necesidad de establecer algún linaje con el pasado precolombino, no como parte de la historia nacional, sino como un logro de los estudios sobre la protohistoria, que correspondía a los arqueólogos.

Restrepo Tirado, acudiendo al “catastrofismo”, plantearía que “la raza anterior a los quimbayas era más fuerte, más aguerrida y agrícola”, y había logrado manipular “el noble metal con una maestría que no alcanzaron a igualar las naciones más adelantadas de América”. Sin embargo, anotaba que “hay objetos que verdaderamente confunden al observador. Por mucho que trabaje la imaginación no es posible comprender cómo podían aquellos bárbaros, sin conocer los reactivos químicos [formar] esas cuentecitas minúsculas que parecen gotitas de oro soldadas unas a otras” (Restrepo Tirado 1912: 62). Así, los progresos de esta tribu cuando trabajaba la tumbaga es fácil de explicar “ellos hacían lo mismo que practicaban en otros pueblos de tierra firme” (62).

El hecho de que Colombia hubiera tenido el mayor número de delegados oficiales –24 en total–, así como el empeño puesto por el gobierno en hacer figurar a la nación colombiana en España obedecieron más a un interés político que a una toma de conciencia sobre el papel del pasado prehispánico en el discurso nacional. En la década de 1880, con la llegada al poder de la hegemonía conservadora bajo el lema de la Regeneración, se intentó devolver el orden y la autoridad a un país que había perdido su norte. El hispanismo entró en pleno auge. Sus fundamentos –el idioma, la religión y la historia común– se convirtieron en la brújula que debía guiar el proyecto nacional. La referencia y el agradecimiento hacia la “madre patria” marcaron la participación del país en la Exposición Histórico-Americana de Madrid. Esta exaltación de la hispanidad colombiana, sin embargo, obedeció más a motivos nacionalistas que a una actitud de subordinación a la antigua metrópoli afin con el discurso hispanoamericanista español que inspiró la celebración de la Exposición. La participación de Colombia en este evento en particular buscaba ante todo reforzar el elemento hispanista del discurso conservador a través de la presencia de los delegados colombianos en una Exposición cargada de simbologías alusivas al legado español que servía de eje a la propuesta cultural, social y política encarnada en dicho discurso.



**Pabellón de Colombia**

El foco de atracción de la sala colombiana lo constituye la vitrina central, que expone la colección de oro de la tribu de los quimbayas adquirida por el presidente Carlos Holguín para ofrecerla como regalo a la reina regente, María Cristina, con destino al Museo Arqueológico Nacional de España, en agradecimiento a su arbitraje en la definición de límites entre Colombia y Venezuela. Alrededor de esta colección y sus artifices girarán la mayoría de las reseñas y comentarios que haga la prensa española e internacional sobre la participación del país.<sup>13</sup>

La presencia argentina en la exposición no fue notoria. No tuvo pabellón propio y solo envió un álbum de acuarelas que fueron ubicadas dentro de uno de los pabellones españoles. Este hecho pone de manifiesto la gran preocupación de las élites decimonónicas: cómo construir una imagen de nación moderna que permitiera excluir el pasado prehispánico y los indígenas contemporáneos. Dicha construcción privilegió una historia en la que desempeñó un papel fundamental la promoción de sus recursos naturales, de unas instituciones que seguían el modelo europeo, especialmente el francés, o de un arte inscrito en las corrientes artísticas europeas. Tenían una fe ciega en el lenguaje científico que, aplicado a los discursos sobre la gobernabilidad y el conocimiento, les abriría un espacio entre las naciones modernas. De ahí la recurrencia del empleo de cuadros estadísticos para señalar aspectos de su territorio, población o recursos.

El catálogo, de un poco más de 20 páginas anotaba en su introducción que se “ha adelantado mucho en los últimos años” en lo referente al conocimiento de los indígenas que

13 “Exposición Histórico-Americana de Madrid. Instalación de Colombia”, en: <<http://www.flickr.com/photos/bibliotecabne/7830101026/in/photostream/>> (03.09.2012).

han habitado el territorio “desde los tiempos prehistóricos hasta la época de la conquista española”, pero igualmente ponía en evidencia una gran preocupación: no haber encontrado un origen a la altura de los aztecas o los incas. La duda sobre el origen “empieza, pues, desde su aparición [...] con los tiempos más modernos aumentaron los tipos étnicos, aparecieron las mezclas, las deformaciones del cráneo, [...] y se formaron en nuestro suelo verdaderas sociedades semi-civilizadas”. Tratando de encontrar un *continuum* se afirmaba que “es indudable que se observan en estos tipos representantes de agrupaciones que llegaron de lejanos países”.<sup>14</sup>

A pesar del gran movimiento científico que se vivió en el país, los preparativos para la exposición de Madrid no encontraron eco en el gobierno: “con limitado tiempo y más limitados recursos, para reunir objetos [...] nos dimos cuenta desde el primer momento de la imposibilidad en que nos encontramos para hacer dicha reunión”. Entre los argumentos se alegaba el hecho de que la organización y el estudio de las colecciones arqueológicas y etnográficas de sus museos y de particulares apenas estaban empezando, así como la ausencia de los recursos suficientes para adquirir objetos. Con el fin de subsanar esta ausencia se decidió reunir en una colección láminas que representen las piezas “que caracterizan la industria antecolombina en esta región, conservadas en los establecimientos públicos y en poder de algunos particulares”<sup>15</sup>, la que se sumó a la colección de acuarelas representativas de antigüedades indígenas pertenecientes al Museo Nacional de Buenos Aires y al de La Plata (en su mayoría donadas por Francisco P. Moreno), elaboradas en los talleres de este último. Las 100 láminas fueron expuestas en la sección de objetos poscolombinos del pabellón español.

Las características particulares de la “puesta en escena” de los elementos configurativos de la nacionalidad en los casos mexicano, colombiano y argentino permiten hacerse una idea de las múltiples formas en las que la hispanidad se insertaba en los discursos nacionalistas que inspiraron las exhibiciones. Si bien los tres países respondieron al llamado español haciendo un esfuerzo por rescatar el pasado prehispánico, la articulación de este pasado con el ingrediente hispánico y con el ingrediente puramente nacional varió mucho entre uno y otro país. Los mexicanos promovieron una imagen de la identidad nacional a partir de la combinación equilibrada de lo hispánico y lo indígena exaltando el mestizaje como rasgo principal de lo mexicano. Se trataba de la sumatoria de dos grandes civilizaciones –la azteca y la española– en una relación simbiótica, no excluyente. La modesta participación argentina no obedeció únicamente a la imposibilidad de encontrar una “verdadera civilización” anterior a la llegada de los españoles. Consecuentes con el discurso antihispanista y antindigenista tanto la hispanidad como el pasado prehispánico terminaron ocupando un lugar marginal comparado con el protagonismo que buscó dársele a los progresos materiales y los recursos naturales de la Argentina contemporánea.

Por último, el caso colombiano, encarnó una tercera articulación de lo hispánico y lo prehispánico que se situaba en un punto medio entre la inclusión mexicana y la exclusión argentina. El énfasis en la importancia de lo hispánico no fue en detrimento de la preocupación por mostrar aquello que ilustraba el grado de civilización de las culturas

14 *Catálogo general de la exposición Histórico-Americana de Madrid 1892* (1893). Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, tomo I, p. 4.

15 *Catálogo general de la exposición Histórico-Americana de Madrid 1892* (1893). Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, tomo I, p. 3.

aborígenes precolombinas. Sin embargo, a lo prehispánico se le terminó otorgando un valor patrimonial lejano desvinculado de un presente marcado por la herencia hispánica.

Hay que agregar que, a pesar de incluir referencias explícitas tanto a lo hispánico como a lo precolombino, ninguna de las exhibiciones mencionadas se alineó completamente con la propuesta hispanoamericanista española. El caso argentino es el más evidente. México y Colombia, por su parte, rescataban la importancia de la herencia española en la configuración de su identidad nacional pero sin llegar a presentarse a sí mismas como extensiones americanas de la “madre patria”.

## Conclusión

La Exposición Histórico-Americana celebrada en Madrid tuvo una relevancia política, cultural y científica mucho mayor de la que hasta ahora se le ha dado. Para las recién conformadas naciones hispanoamericanas representó un momento fundamental en el que confluó la necesidad de un conocimiento “objetivo” sobre sus culturas precolombinas y la de un reconocimiento para confirmarse como naciones soberanas, modernas y civilizadas. Los preparativos conllevaron una enorme actividad científica que exploró la historia de América y los vínculos con España. En este reconocimiento jugó un papel importante la identificación de las comunidades prehispánicas y su lugar en el discurso nacional, marcado en mayor o menor grado por el hispanismo que proclamaba “la raza española” y en el que no tenían cabida estos vestigios. Fomentando el estudio del “otro”, se lo mostró como lo distinto, lejano y sin conexión alguna. Por otra parte, si lo que se buscaba a través de esta celebración era despertar o afianzar la conciencia hispanoamericanista, las reacciones provocadas en la sociedad española reflejaban otra cosa. A pesar de los esfuerzos de intelectuales y políticos por retomar sobre nuevas bases la cuestión americana, “el exotismo finisecular resbaló sobre las conciencias de los españoles, que seguían viendo en América un problema político y no un área cultural asimilable” (Rebok 1996: 92).

## Bibliografía

- Arias Vanegas, Julio (2005): *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Del Paso y Troncoso, Francisco (1892): *Exposición histórico-americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México*, tomo I. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Earle, Rebeca (2002): “‘Padres de la Patria’ and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America”. En: *Journal of Latin American Studies*, 34, 775-805.
- (2006): “Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino durante el siglo XIX”. En: Andermann, Jens/González S., Beatriz (eds.): *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, pp. 29-43.
- Escobar Villegas, Juan Camilo (2009): *Progresar y Civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*. Medellín: Universidad EAFIT.
- Florescano, Enrique (2000): *Etnia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*. México: Taurus.



- Garrigan, Shelley (2006): “Secretos y revelaciones del archivo: monumentalidad y ciudadanía en la capital mexicana”. En: Andermann, Jens/González S., Beatriz (eds.): *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, pp. 54-73.
- González González, Fernán E. (2000): “Raíces coloniales de la nacionalidad colombiana”. En: Museo Nacional de Colombia (ed.): *La arqueología, la etnografía, la historia y el arte en el Museo. Desarrollo y proyección de las colecciones del Museo Nacional de Colombia*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia/Ministerio de Cultura, pp. 228-245.
- Granados, Aimer (2005): “Hispanismos, nación y proyectos culturales, Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada”. En: *Memoria y Sociedad*, 9, 9, pp. 5-18.
- Langebaek, Carl Henrik (2005): “Historia y arqueología. Encuentros y desencuentros”. En: *Historia Crítica*, 27, pp. 2-13.
- Lopes, María/Murriello, Sandra E. (2005): “El movimiento de los museos en Latinoamérica a fines del siglo XIX: el caso del Museo de la Plata”. En: *Asclepio*, LVII, 2, pp. 228-233.
- Martínez, Frédéric (2001): *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República/Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Niño, Antonio (2011): “Hispanoamérica en la configuración nacional española de comienzos del siglo XX”. En: Pérez Vejo, Tomás (coord.): *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispanoamericana (1810-1910)*. México: El Colegio de México, pp. 171-211.
- Norbuena, Carmen (2006): “Imaginarios nacionales latinoamericanos en el siglo XIX”. En: *Historia Unisinos*, 10, 2, pp. 121-132.
- Pérez Benavides, Amada Carolina (2010): “Hacer visible, hacerse visibles: la nación representada en las colecciones del museo. Colombia, 1880-1912”. En: *Memoria y Sociedad*, 14, 28, pp. 85-106.
- Pérez Gollan, José Antonio (2003): “Mr. Ward en Buenos Aires: Los museos y el proyecto de Nación a fines del siglo XIX”. En: *Ciencia Hoy*, 5, 28, pp. 52-58, (<<http://www.cienciahoy.org.ar/hoy28/mrward03.htm>> (13.02.2010).
- Pérez Montfort, Ricardo (1992): *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Quijada, Mónica (1998): “Ancestros, ciudadanos, piezas de museo Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)”. En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 9, pp. 21-46.
- Rama, Carlos M. (1982): *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, María del Rocío (2008): “El nacimiento de una ciencia. La arqueología mexicana durante el Porfiriato”. En: *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, Número especial, pp. 152-170.
- Ramírez Vuelvas, Carlos Alberto (2012): *La patria imaginada de la lengua española: la fundación del México literario en el Madrid finisecular (1878-1912)*. Madrid: Universidad Complutense, Facultad de Filología, Tesis doctoral. En: <<http://www.eprints.ucm.es/16394/1/T33861.pdf>> (13-10-2012).
- Rebok, Sandra (1996): “Americanismo, ciencia e ideología: la actividad americanista española a través de la historia”. En: *Anales del Museo de América*, 4, pp. 89-101.
- Restrepo Tirado, Ernesto (1912): *Los Quimbayas*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Rico Mansard, Luisa (2007): “Los museos de historia y la identidad nacional. De la independencia a la revolución mexicana”. En: Bellido Gant, María Luisa (ed.): *Aprendiendo de Latinoamérica. El museo como protagonista*. Gijón: Ediciones Trea, pp. 35-49.
- Rodríguez, Víctor Manuel (2004): “La Fundación del Museo Nacional de Colombia. Gabinetes de curiosidades, ordenes discursivos y retóricas nacionales”. En: Castro-Gómez, Santiago (ed.):

*Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia.* Pittsburgh: Biblioteca de América, pp.172-180.

Sánchez, John Antó (2007): “Museos, memoria e identidad afroecuatoriana”. En: *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 29, pp. 123-131.

Tenorio Trillo, Mauricio (1998): *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930.* México: Fondo de Cultura Económica.